PRÓLOGO

AL LIBRO PRIMERO

PLUTARCO, HISTORIADOR ANTIGUO y grave (en la vida de Teseo), comenzando a escribir el curso de sus hazañas y proezas, no con menos estilo grave que elegante, dice estas formales palabras: Imitando la usada costumbre de los historiadores, que en las descripciones de la redondez de la tierra, a lo cual llaman *geografía,* cuando algún lugar se les ofrece dificultoso y que buenamente no puede ser de ellos entendido y mucho menos comprehendido, por la eminente y larga distancia de los lugares, la cual impide la noticia humana, suelen los tales geógrafos abreviar los fines de sus tablas geográficas y, en lugar de los nombres y sitios de las ciudades y tierras que ignoran, escribir o pintar otras cosas peregrinas, así como antiguos monumentos o sepulcros y promontorios, puestos y situados en lugares remotos y apartados, corrientes secas de ríos, algunos lejos de tierras incultas y agrestes, profundos cenagales, espesas arboledas de sierras y montañas o el mar cuajado y otras cosas varias y confusas muy parecidas a éstas o a otras semejantes; por lo cual, siguiendo el mismo estilo en esta descripción y comparación de vidas de ilustres varones, determiné de proseguir ordenadamente la historia, siguiendo el curso de los tiempos, cuanto con buenas razones y probables argumentos pudiere ser comprehendido; y así espero que de las edades antiguas podremos buenamente declarar algunas cosas dignas de poner en escritura, gratas, útiles y provechosas, para los que las leyeren. Esto lo dice Plutarco.

Palabras son las referidas, discretas y graves y muy medidas y ajustadas a mi pensamiento; porque aunque es verdad que la historia de este libro comienza de los primeros pobladores de esta tierra, no es con toda la inteligencia que su antigüedad pide; porque dado caso que decimos haber tenido principio de los gigantes que en tiempos inmemorables la poblaron, a los cuales siguieron los tultecas, que fue otra nación no tan corpulenta ni tan antigua, no podemos hablar en esto con tanta puntualidad que digamos, con absoluta verdad, haber sido la vivienda de estos gigantes antes o después del Diluvio, donde perecieron todas las gentes del universo mundo, por cuanto de sus historias no consta. Pero haciendo lo que Plutarco dice del geógrafo, cubrimos los vacíos y campos que nos ofrecen las dudas de unos, lejos de conjeturas y unos montes espesos de variedad de dichos, como por la misma historia consta y será posible que a los que son curiosos y discretos, no les haga buen sonido algo del orden con que va dis-

tribuido por naciones y familias, por cuanto se pasa de unos a otros sin dar las causas que hubo para hacer estos tránsitos. Y a esto digo lo que Cicerón,[1] que en la historia se guarda la puntualidad de la verdad, a diferencia de la poesía; en la cual no se pretende sino deleitación del ánimo y gusto del lenguaje. Y añade Quintiliano:[2] que los poetas no atienden a más que al gusto, fingiendo no solamente cosas falsas, pero también las increíbles; y como dice Horacio:[3] o quieren aprovechar o deleitar los poetas mezclando unas cosas con otras con intención de entretener la vida; de manera que como la historia pide verdad es fuerza que el historiador, no apartándose de ella, vaya diciendo lo que sabe, según lo que haya escrito o recibido por tradición; y por esto no doy más razón en este primer libro del origen de estas gentes indianas, porque ni por relación que me han hecho gentes antiguas de ellos, ni por escritos que los sabios pasados a sus descendientes dejaron, se sabe más ni más se platica entre ellos, como en sus mismos lugares decimos.

Y aunque es verdad que no hay mucha claridad del tiempo cierto de sus fundaciones, es lo cierto y muy averiguado haber sido por el orden que van distribuidas y repartidas las cosas; y en esto he puesto tanto estudio y cuidado, cuanto es razón que ponga el que quiere decir verdad; y no condenando a los que hasta ahora han escrito las cosas de las Indias (porque escribiéndolas en España, más pudieron averiguar las dudas que se les pudieron ofrecer en orden de concertarlas). Ofrezco las que en estos escritos refiero por las más apuradas y limpias de cuantas se pueden haber sabido ni entendido; y si como entre los atenienses antiguamente, como refiere Valerio Máximo,[4] había ley para que ninguno diese testimonio de lo que escribía, sin que primero jurase ser verdad aquello que sus escritos contenían, la hubiera agora, jurara con animosa deliberación serlo esto en la razón y manera más verisímil que se puede en estas cosas saber y alcanzar, por haber hecho las diligencias necesarias para entender que puede serlo; y aunque como otro Xenócrates, que por ser de muy grande crédito y autoridad entre los mismos atenienses, al tiempo de presentar al Senado sus escritos no quisieron que los jurase, sino que los recibieron sin juramento, por sólo su palabra simple y llana, creyendo de él que no diría cosa que no fuese así como la decía. Con todo no quiero estimarme tanto que presuma ser mi razón tan irrefragable y sin contradición, que no deba temer algún portillo por donde me pueda entrar alguna duda; y por quitarla en la diligencia que he puesto renuncio la presumpción que siempre he tenido de preciarme de ser creído sin juramento y me someto al que los atenienses acostumbraban; y como si ante jueces lo estuviera certificando debajo de censuras, así las confieso en esto que digo: Porque como hombre que ha tantos años que ando buscándolas (como el que busca un tesoro que después de hallado vende todas las cosas que tiene para trabajar

[1] Lib. 10. de Legib.
[2] Quintil. lib. 10. Iustit.
[3] Horat. in Arte Poetica.
[4] Val. Maxim. lib. 2. de Discept. Melit. de Genocrate.

en el aprovechamiento de él) así las he ido inquiriendo y apartando la verdad de la mentira, como si más ocupación que ésta no tuviera; aunque es verdad que han sido muchas las que me han ocurrido, en que he ocupado y entretenido la vida en servicio de mi orden; pero de tal manera que no me han estorbado la inquisición y secretos de todas ellas; porque me ha sucedido lo que al invictísimo Julio César, que peleando con los enemigos iba escribiendo las cosas que le sucedían. Y así yo, hurtando algunos ratos al día y velando mucha parte de la noche, después de haber rezado maitines en comunidad con los demás religiosos, me ocupaba en esto; concertando en el silencio de mi soledad lo que en la barahúnda y gritos de las averiguaciones con otros había batallado y conferido. Y para el que sabe qué es trabajos y no arrogancia, digo lo que dicen del excelentísimo Beda,[5] que era monje y sacerdote, el cual no faltaba ni de día ni de noche de sus comunidades, haciendo compañía a los otros monjes de su monasterio; y así estudiaba como si no acudiera a sus obligaciones; y así continuaba estas obligaciones forzosas, como si nunca estudiara; y si se considera su vida, así era, que parecía nunca darse a las letras; y si sus estudios, parecía por ellos nunca haberse dado a la oración, ni ocupádose en ninguna otra obra monástica y, huyendo toda jactancia y presumpción, digo haberme sucedido en esta obra, casi lo mismo; no con la perfección que este excelentísimo varón escribió las suyas; pero con trabajos tan inmensos que más parece ser misericordia de Dios y fuerzas suyas, que obra de mis manos. Y así lo confieso; porque toda dádiva buena y don perfecto (como dice Santiago) viene de lo alto del padre de las lumbres que da sus dones y comunica sus mercedes, como más es servido. Y finalmente concluyo mi razón con decir que en este libro primero van los primeros moradores que hasta ahora se ha sabido haber habido en estas partes de esta Nueva España, que son los gigantes; y tras ellos los tultecas, a los cuales siguieron los chichimecas y aculhuas que fueron los que fundaron este imperio indiano y lo fueron rigiendo y gobernando por algunos años, con grande pujanza y acrecentamiento de sus moradores, por el orden y manera que en él se dice. Y porque para todas las cosas que en estos *Veinte y un libros rituales y monarquía indiana* se refieren, es necesario tratar de las gentes que fueron las que las ejercitaron e hicieron, por eso he comenzado por su origen y principio (en la manera y forma que en él se trata) a diferencia de los que hasta ahora han escrito, que como no lo han sabido, han tenido varios principios y en el medio o fin de sus obras tratan de la venida de los mexicanos y en ella sola paran, como si sola ella hubiese sido la que pobló estas extendidísimas regiones; siendo así que no sólo no fue la pobladora de la tierra, sino la última que a ella vino como a cosa ya poblada, como veremos en el segundo libro que sigue a este primero. Y con lo dicho entenderá el prudente lector el intento que he tenido en haber comenzado por la manera dicha, anteponiendo las opiniones que a muchos han sentido de ellos, así en el haber venido a la tierra, como en el dudar de qué gentes hayan sido.

[5] 3. tit. praefatio.

con otras cosas que se van declarando por los capítulos que se van siguiendo.

Pero un defecto lleva esta historia muy grande, y es que de muchos reyes y señores que han gobernado estos reinos y otras cosas que han acaecido, no ponemos los años que reinaron, ni tiempos en que acaecieron, que no es pequeña confusión para la lectura de esta historia; pero certifico al lector que no he podido más, aunque lo he procurado con gran solicitud y cuidado. Y si los dejo es o porque no los hallé en sus historias o porque si traté de ellos hallé mucha variedad en su concierto y computación; y así me pareció mejor pasarlos en silencio que fingir números ciertos donde la verdad no los ofrecía. Y si disonaren algunas cuentas mías de otras de otros, no hay que maravillar ni que hacer cuestión de esto; porque como dice el sapientísimo fray Miguel de Medina,[6] de la santa Provincia de los Ángeles, luz y honra de nuestra familia franciscana, estas cuestiones entre hombres sabios son de risa; porque ¿quién hay que en tanta antigüedad de siglos y variedad de naciones (antes del romano imperio) pueda tener memoria cierta y puntual de los años de todas las cosas? ¿Queriendo hacer cómputo cierto de los años, meses y días que los reyes de cada reino reinaron? ¿Y de la vida de los hombres que hayan vivido tantos o tantos años? Siendo cierto que si no son los muy curiosos otros no saben ni aun los años que sus abuelos o bisabuelos vivieron; y aun en los proprios años muchas veces nos erramos, especialmente si llegan a ser muchos. Siendo pues esto así, no es maravilla que los de estos indios o vayan errados en algo o que no los haya en la cuenta, por la variedad que ha habido en los que los han contado; y también porque faltaron sus historias en el tiempo primero de su conversión, por haberlas quemado los ministros evangélicos que entonces vinieron; y así no quiero controversia con nadie acerca de estas cosas de computación; y si alguna hago en alguna parte, será por la claridad que en aquello hay que fue mal advertido de otro. Y he trabajado tanto en concertar esta historia que en solos estos dos libros primeros gasté tiempo de cinco o seis años, cotejando unas historias con otras y confiriendo las narraciones entre sí y tomando de todo lo que más concertaba. Y cuando me vide fuera de sus marañas y confusiones me pareció haber salido del laberinto de Creta, ayudado con el hilo de la verdad con que deseé entrar en él. El cual fui devanando hasta volver a la fuente de la luz más clara que la materia ha ofrecido; con el cual me ofrezco a los que de voluntad quisieren volver a deshacerle, leyendo sus cosas con la codicia que yo lo he ido devanando y componiendo

[6] Medina. lib. 6. de Recet eis Deum cap. 13.